

TENEDORES Y CUCHARAS

Mónica Cifuentes

Cuando sonó el despertador apenas habían pasado de las seis de la mañana. En el piso reinaba el silencio absoluto y penetrante de la madrugada. Aurora se levantó de la cama y fue directa a la cocina. Allí le esperaban un cerro de platos por fregar, un frigorífico medio vacío y una bombilla colgada del techo apurando sus últimos momentos de vida. El reflejo de su luz parpadeante en la cubertería provocaba destellos en direcciones diferentes de la habitación.

Se preparó una taza de café bien caliente. Mientras desayunaba empezó a escuchar los primeros coches del día pasando por la calle. Sus luces iluminaban el asfalto de la carretera en una mañana cargada de niebla. Se sentó, encendió la radio y escuchó el avance informativo del día.

— “Dos años de cárcel para el asesino de Tomelloso. El hombre ha sido condenado culpable por el asesinato de su mujer y sus dos hijos hace dos años en la localidad manchega”.

Un pinchazo terrible de dolor le hizo removerse en su silla. Cada día que pasaba notaba el momento más cercano, sentía como lo más profundo de su ser liberaba energía focalizándola en él. Apenas faltaban unos tres meses para el fin del embarazo y Aurora estaba aterrada ante la idea de volver a pasar por el quirófano. La última vez, el dolor fue insoportable. Sólo la sonrisa de su hija Estefanía sofocó por momentos el esfuerzo llevado a cabo durante el parto. Ahora su niña dormía plácidamente a la espera de que llegase la tía a recogerla para llevarla al colegio.

El calor del café caliente consiguió despertar a Aurora de su letargo matinal. Hay gente que prefiere ducharse antes de desayunar, pero ella prefería hacerlo justo después de llenar la tripa.

El baño estaba frío como una piedra. El grifo, duro como una viga de acero. Al girar la rosca, el agua caliente comenzó a correr por su cuerpo. Aurora apuntó hacia la barriga

donde seguramente dormía plácidamente Alfredo, su segundo hijo. El nombre se lo había puesto por su padre, muerto ya desde hace años. Arturo, su ex marido, no había puesto pegas al nombre.

Por cierto que Arturo, se ex, hacía honor a su apodo: vivía plácidamente en su particular *Camelot*, rodeado de caballeros y con *Ginebra* a su vera poniéndole los cuernos con *Lancelot*. Hace unos meses, Arturo abandonó a Aurora a su suerte, con una hija y un hijo en el vientre, para irse con Raquel, una madrileña acaudalada con ligereza de falda.

Cerca de veinte minutos aguantó Aurora en la ducha. Al salir se arropó fuerte con una toalla y acabó de secarse el cabello antes de vestirse. Rondaban las siete de la mañana e iba siendo hora de coger el coche para ir a trabajar. Eso sí: no tenía ganas de acercarse a la Empresa. Se temía lo peor. El contrato se acababa ese mismo día. No era indefinida. Habían pasado unos ocho meses desde que comenzó a trabajar y desde entonces había estado contratada de forma temporal. Al igual que muchos de sus compañeros, Aurora sabía que no la harían indefinida hasta que el peso de la ley cayese sobre el convenio colectivo. Entre doce y dieciocho meses de paso por contratos temporales esperaban a los nuevos pupilos, después ya llegaría el contrato fijo. O no.

Una vez vestida, con el bolso en la mano, caminando casi como un pato por el peso del embarazo, Aurora se asomó a la habitación de Estafanía. Dormía plácidamente arropada con la colcha de estrellas y lunas. Cerró con cuidado la puerta y en ese momento pensó cuanto había de luchar aún para conseguir un futuro mejor para ella y para él.

Salió de casa y se dirigió al ascensor. Cuando se abrieron las puertas, nadie estaba dentro del habitáculo. Introdujo la llave que permitía bajar al parking y lentamente, casi de forma imperceptible, el ascensor la condujo hasta el aparcamiento.

El coche estaba aparcado justo en la fila de enfrente. A pesar de que disfrutaba conduciendo, en otro tiempo no lo había hecho. Socialmente no estaba bien visto por Arturo, quién consideraba al auto su particular *Excalibur*. Ahora se veía obligada a hacerlo y en ese momento dio gracias a Dios por haber aprobado el carnet cuando era poco más que una adolescente por presiones de su padre. Todo, en realidad, lo había

hecho por sus padres. El coche, la carrera, el máster... Siempre había contado con su apoyo y su consejo para superarse. Gracias a su familia ahora podía salir adelante.

Efectivamente: la niebla era dura de roer esa mañana. Apenas podía verse unos pocos metros más allá del coche, incluso con las luces. La carretera estaba húmeda y las lunas delantera y trasera del vehículo estaban llenas de agua y humedad. Aurora encendió la radio, camino del trabajo.

- “El presidente promete medidas para conciliar la vida familiar y laboral. En el paquete de medidas propuestas por el Gobierno....”

A pesar del alto volumen de la radio, Aurora sólo oye, no escucha. Piensa en lo que puede dar de sí toda la jornada. En lo que podría perder si ese día fuese el último trabajando en la Empresa. Su embarazo le preocupa, no por el niño, sino por su futuro. En teoría este es su último día de contrato y conoce más de un caso que no ha podido acabarlo. Quizás si no tuviese barriga, otro gallo cantaría.

Al llegar a su destino, aparcó donde lo hace habitualmente. Bajó del coche con sumo cuidado y emprendió su marcha. Dentro de la oficina había luz. El director suele llegar pronto para ir preparando todos los pormenores del día. Llamó al timbre y un sonido como el de un abejorro le indicó que podía tirar de la puerta. Durante el tiempo que ha estado trabajando aquí, siempre ha llegado la segunda a la oficina. Primero el director, minutos antes de las ocho ella y después suelen llegar los dos compañeros restantes. Sin embargo, esa mañana algo alteraba sus planes.

- “Buenos días, Aurora. Este es José María, un nuevo compañero de oficina”, comentó el director nada más verla. “Acaba de llegar, así que vaya enseñándole en qué consiste su tarea. Hoy de momento se sentará con usted para ir conociendo la dinámica de trabajo”.

José María era un tipo peculiar. Sonriente, con gafas, delgado y enjuto siempre haciendo referencia a la normativa interna. Era como un policía que acaba de salir de la academia: se conoce de arriba a abajo la legislación, pero su falta de práctica le impide aplicarla en el día a día. La realidad, muchas veces, supera la ficción.

Cuando abrieron las puertas de la Empresa al público, a eso de las ocho y media, Aurora fue consciente por primera vez que, efectivamente, ese era su último día allí. El cartero llegó sin su nuevo contrato. Ningún e-mail recibió en el correo electrónico confirmándole su renovación. No tenía nuevo destino. No tenía trabajo. Sólo podía contar con Estafanía, Alfredo y con una bombilla colgada del techo de su cocina apurando sus últimos momentos de vida. Fue entonces cuando se preguntó qué día la luz dejaría de parpadear para poder cambiarla y que alumbrara por igual a tenedores y cucharas.

.....

- ¡Es un niño! ¡Un hermoso niño! Y cómo come, mamá, qué ansias... Por otra parte es normal, seguro que tiene hambre, ha salido gordo y hermoso como un angelito de Miguel Ángel, — decía María — desde luego Aurora que este niño se parece a su abuelo. Es igualito que tu padre.

María era la vecina de sus padres de toda la vida. En ocasiones, vecindad es mucho más que amistad en los pueblos pequeños. María era para ella como una segunda madre: aún recordaba los bocadillos de Nocilla que hacía para ella cada tarde al merendar. Ahora la anciana no había querido perderse el nacimiento del segundo hijo de Aurora. Alfredo apenas tenía unas horas de vida y lucía sus mejores galas para los presentes en la habitación del hospital: ojos abiertos como platos, mofletes anchos como mandarinas y una boca succionando que bien parecía un desatascador. “Menos mal — pensó Aurora en ese momento —, el parto al menos ha salido bien”.

En las semanas posteriores a dejar la Empresa, Aurora intentó buscar trabajo. En unas pocas ocasiones la llamaban para hacer entrevistas. En casi todas las entrevistas al verle el bombo le comentaban que el puesto estaba cubierto. En la ocasión restante — al menos eso creía ella — pesó mucho para no contratarla el hecho de ser madre soltera.

Los periódicos, la radio y las tertulias de la televisión estaban llenas de loros que comentaban los pormenores de la futura ley de conciliación de la vida familiar y laboral. “Que si 2.500 euros por hijo, que si ayudas a las empresas para que contraten

mujeres... — pensaba Aurora —, todo esto es basura. No vale de nada”. Casi todos los vecinos la animaban a seguir adelante. “Seguro que encontrarás algo, guapa”, le decía siempre el dueño de la pescadería que se jactaba de sus enormes pechos por el efecto del embarazo. “Pedid y se os dará. Buscad y encontraréis”. A ella, como a otras muchas, no se le dio.

El día que tenía que salir del Hospital llegó su hermana Carla a ayudarla. Era domingo y llegó de la mano de Estefanía. Al ver a su hermano, la niña se quedó perpleja, parada, quieta como un madroño.

- Ven aquí, hija mía — dijo Aurora — y saluda a tu hermano pequeño.
- ¿Cómo estas Aurora? — saludó cordialmente Carla a la madre con un beso en la frente. El médico ha dicho que hoy podremos irnos, ¿verdad?
- Así es. Ya tengo ganas de llegar a casa. ¿Cómo se ha portado la cría estos días?
- Bien, fenomenal — mientras contestaba, Carla rascaba la cabeza de Estefanía —. Hacía sus deberes y después nos íbamos al parque a pasear. Por cierto, hermana, aquí la joven tiene que decirte una buena noticia.
- Sí, mamá, sí — afirmó Estefanía —. He estado mirando tu e-mail estos días y ayer te llegó un correo de una empresa multinacional citándote para una entrevista. La cosa pintaba bien, te trataban de “señora” y todo...
- ¿Para cuándo es la entrevista?
- Creo que para el viernes, mamá. Y no te preocupes, ya he contestado. Irás a esa entrevista.

Era mediodía cuando las tres y Alfredo salieron del Hospital. El sol estaba en todo lo alto, ya tocaba, era primavera. Caminando por la acera, vio un cartel que decía “Se precisa dependienta”. Una mujer joven curriculum en mano pasó a entregarlo. Mientras hablaba con el tendero, Aurora pensó que merecía la pena acudir a la entrevista del viernes. El futuro de su hija, de esta muchacha y de todos dependía de miles de granitos de arena que consiguieran cambiar la concepción del mundo. Y ella, lo tenía claro, no quería marcharse sin dejar el suyo.